

GONZALO PAYO, POETA

RAFAEL SANCHO DE SAN ROMÁN
Numerario

Gonzalo Payo Subiza ingresa en esta Academia el 16 de mayo de 1976, con un discurso que titula «*Los terremotos en Toledo y en la Meseta Central*», un excelente y original trabajo sobre historia de la ciencia en el que fusiona, de forma admirable, su dimensión profesional y científica, con la historiografía local. Fue contestado en nombre de la Corporación por el Numerario Máximo Martín Aguado, otro gran científico toledano.

Gonzalo Payo ha sido un buen ejemplo, un paradigma, de lo que suele llamarse una «cabeza universal» o renacentista, aun cuando yo siempre he preferido decir de él que era más bien un hombre de la Ilustración, una persona de talento y talante ilustrados; en él se conjugaban muy bien por un lado el apego, redescubrimiento y exaltación de sus raíces, en su caso, la familia, el terruño, y lo cotidiano; por otro lado, la supremacía de la razón y de la ciencia; el amplio espectro de su curiosidad intelectual, su honda afición al cultivo de muy diversas manifestaciones culturales, artísticas y literarias; su carácter innovador y rebelde, su afán por remover y transformar una sociedad bastante esclerotizada.

En la primavera de 1994 dictaba una conferencia en este Salón, titulada «*Pasado y presente de mi poesía*». Me correspondió hacer su introducción, y en ella llevé a cabo un brevísimo apunte bibliográfico, lo que me hizo reflexionar acerca de la necesidad de que algún día se hiciera un amplio estudio sobre su vida y obra, opinión en la que me ratifico en el día de hoy, meses después de su falleci-

miento. También en esa ocasión manifesté mi convicción íntima de que Gonzalo Payo científico, escritor, pintor, político, era esencialmente poeta, actividad en la que con más profundidad podía apreciarse medularmente su personalidad; en la poesía reflejaba sus más hondas inquietudes, su percepción trascendente de la realidad, sus más vibrantes emociones, sentimientos y pasiones, sus más desazonantes preguntas sobre el alma humana, su preocupación casi obsesiva por el tiempo venido y por venir: por la finitud, la inmortalidad.

Desde 1960 Gonzalo Payo ha publicado cerca de un centenar de trabajos de sismología presentados a Congresos y Revistas especializadas de Geofísica, tanto en España como fuera de ella y que constituyen el bagaje fundamental que sustentó su prestigio científico.

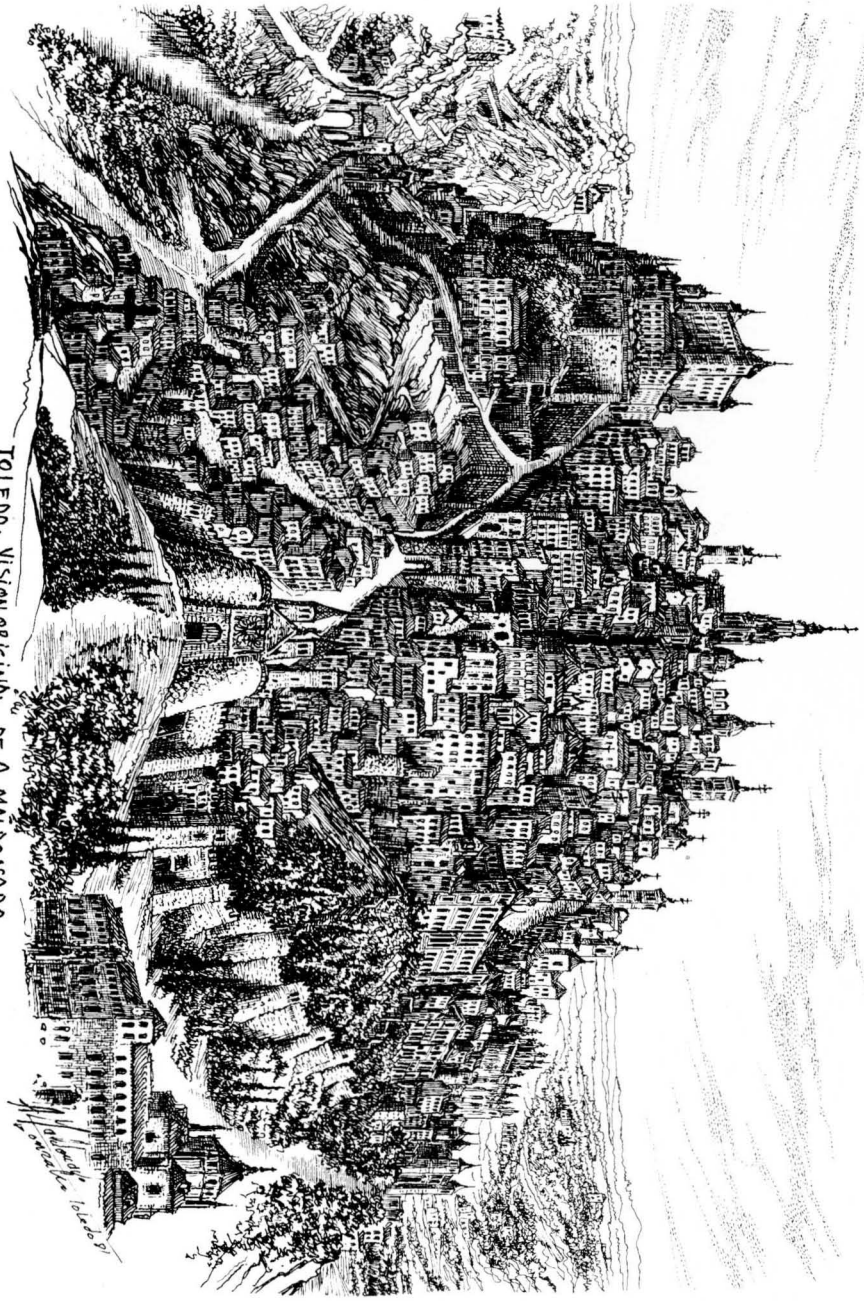
Como escritor en prosa ha dado a luz, asimismo, varias obras: «*Apuntes sobre un lustro de historia reciente*» (1993), texto en clave política.

«*La Tenaza*» (1984), dedicada a su esposa Pili, novela que fue finalista del Premio Ateneo de Sevilla, acusa el impacto de la Guerra Civil y constituye un relato testimonial, tanto de su generación, como de los acontecimientos políticos vividos.

Algo más tarde escribiré «*La Escala de Richter*», también finalista del Premio Planeta (1987), relato que gira en torno a un tema profesional, en línea con algunas tendencias de la novelística contemporánea, en la que un asunto conocido y descrito con rigor y erudición se injerta en la trama global de la novela.

«*La Herencia Fenicia*» (Observar y vivir) (1997) que el autor dedica también a su esposa e hijos. De Editorial Zocodover, reúne

TOLEDO, VISION, ORIGINAL. DE A. MALDONADO.



una colección de artículos publicados en las ediciones toledanas de los periódicos ABC y YA, principalmente. En ellos puede verse una descripción reflexiva de la sociedad finisecular; constituye en conjunto un buen testimonio para los estudiosos de la época.

Con posterioridad a esta fecha de 1997, es decir, en sus últimos años, continuaría cultivando este género periodístico, hasta el día mismo de su muerte, con la ayuda amanuense de su esposa Pili y de su hija Pituca. Sería interesante que pudiéramos también reunir en un libro todos estos artículos de los últimos cinco años.

Sin embargo, para mí, la más bella prosa, escrita por Gonzalo vio la luz en este Salón y en este ambón. Fue en el discurso de Apertura de Curso de la Academia el 6 de octubre de 1985, pues de acuerdo con el protocolo reglamentario de ese año le correspondió a él. Se titulaba «*El lenguaje y el ambiente rural de los años cuarenta*». Tras unas reflexiones previas, elaboró un relato sorprendente sobre el habla en un medio rural, tras haber seleccionado un millar de vocablos reordenados gramaticalmente con la ayuda de una programación informática. Fue un verdadero reto lingüístico que resolvió con su habitual brillantez. Quede también como una reliquia de un modo de hablar que actualmente se nos difumina, se nos empobrece, que amenaza con desaparecer y que probablemente se extinguirá con la muerte de los más viejos del lugar, pasando de ser un lenguaje vivo a mera curiosidad de filólogos.

Su primer libro de verso «*Ensueños...*» aparece en 1953, es decir cuando el tenía 21 años. Es una modesta edición, prologada por don Clemente Palencia. Obra muy diferente, en versificación y temática, a su producción posterior. En ella puede verse un canto ilusionado a la vida, al amor y a la ciudad de Toledo, con ecos románticos de Bécquer y Zorrilla. El propio autor le concedió gran

importancia en el recital de mayo del 94, declamando numerosos poemas de la misma. Y es que, evidentemente, tanto esta obra como los poemas publicados aun antes de esa fecha en la revista «Ayer y Hoy», son fundamentales para el conocimiento de su andadura poética y espiritual. Citaré un breve poema que seguramente hará revivir el recuerdo de muchos adolescentes toledanos de hace medio siglo.

Se titula «*Tarde de sol*».

Tarde de sol de invierno,
La luz se tiñe de doradas sombras;
el domingo agoniza
en el silencio de tan dulces horas.
Lenta y cansada
la caravana del amor retorna
y grave asciende la empinada cuesta.
El sol se hunde en la alargada loma.
Y Toledo, agosto rey de siglos,
en su serena placidez remota,
se estremece de amor, y en sus almenas
brotan fugaces lágrimas de historia

La tradición de la «*Campana Gorda*» le inspira los siguientes versos:

«Cuenta la tradición,
gigantesco eslabón de los recuerdos,
que al grandioso rugido de sus notas
se estremeció Toledo;
y una blanca nevada de cristales
cubrió de luces su quebrado suelo...

¡Ay! si como Toledo yo tuviera
 una campana así dentro del pecho,
 que a su ronco sonido despertara
 mi corazón de su angustioso sueño
 y una lluvia de amor brotase al soplo
 de sus gigantes ecos...»

Aun cuando Gonzalo Payo no se desvinculó nunca del mundo poético, ya fuera escuchando, leyendo o escribiendo, hasta 1978 no aparece la obra «*Debajo del silencio*», prologada por Francisco Umbral quien aprecia una influencia de Machado; recoge poemas de los últimos 15 años, dando luz al tiempo a una serie de poemas de su padre, don Marco, persona de la que, ya he dicho, siempre escuché palabras de sabiduría, tolerancia y elevada moral. Gonzalo las introducía así:

«Cuando volvió mi padre
 trajo unos versos,
 como cantos rodados
 de un cauce seco.
 Herencia dolorida
 de un hombre bueno
 Partida España,
 ¡cuánto dolor inútil
 llevaste dentro!»

Siguiendo la estela dejada por los versos anteriores, Gonzalo empieza a mostrar su preocupación por el tiempo pasado y su finitud:

«Hoy quisiera olvidarme de aquel silencio
 respirando esta brisa nueva que vuelve.

Pero ya es tarde,
 pues el tiempo se aprieta contra mis sienes.
 Habrán de ser mis hijos los que recojan
 esta cansada antorcha que languidece.

Debajo del silencio
 los niños crecen
 Debajo del silencio
 los hombres mueren...»

Pero es cada vez más insistente la incertidumbre sobre la finitud o infinitud del ser humano, el aniquilamiento o la pervivencia más allá de la muerte, la existencia o no de un Ser Supremo más allá de las estrellas o los agujeros negros. En definitiva, una meditación apasionada, una soterrada religiosidad que fluye cada vez más caudalosa en una lucha verdaderamente agónica, como la de Unamuno, entre la evidencia científica, el anhelo de inmortalidad, la duda razonable y el cansancio de vivir.

En ocasiones; parece extenderse a lo largo del poema una especie de tenebrosa «noche oscura»; diríase que una bruma de melancolía existencial invade el verso, aliviado si acaso al final, por algunos rayos de esperanza. Procuraré ilustrarlo con una selección de textos de esta época:

«Y me abrume vivir y haber nacido
 y me duele morir tan ignorado,
 y me angustia ese cielo tan vacío
 y me hiere el amar y ser amado.

.....
 Pero aquí estoy, Señor, desconocido
 de Ti y de los demás y solitario

En tanto, tengo amor y tengo alma
 tengo fuego y dolor entre mis manos
 tengo luz y placer y tengo vida
 y hasta tengo una Fe que no he buscado,
 que siembra con su frágil esperanza
 la inmensa oscuridad de lo ignorado
 Mi esperanza se entregará a la suerte
 si resulta un instinto pretencioso
 este ansia de vivir tras de la muerte».

En la citada sesión poética; celebrada en este Salón, él mismo diría: «En esta etapa, yo solía hablar con Dios, con frecuencia. No me entendía muy bien algunas veces. Sobre todo no nos entendimos bien por la oscuridad que rodea al ser humano en la vida». Ello se explicita sobre todo en dos poemas titulados «*Oración*» y «*Díselo tú, Señor*»:

«Y nos fuerzan, Señor, a verte solo
 en la sencilla imagen de la Iglesia.
 Díselo Tu, Señor, diles que es cierto
 que Tu estas en el sol y en las estrellas
 que tus dedos Señor, cuentan el tiempo
 en millares de siglos; que tu fuerza
 es la causa sin fin de la energía,
 que arrastra las galaxias por la negra
 región inaccesible del espacio
 en muda huida, misteriosa y bella».

«*Al caer la tarde (Poemas de amor y muerte)*» se publica en la «Colección Miradero» de Gómez-Menor, en 1992. En una nota prologal, en prosa, fechada por cierto en 29 de febrero (es decir, en día bisiestro) nos evidencia su clave temática; dice así:

«Toda manifestación de vida gira de forma natural en torno al amor y la muerte... Sin embargo, al caer la tarde, cercano ya el otoño la luz del atardecer suaviza negruras y difumina las aristas de nuestros sentimientos. Por eso entonces, podemos dialogar con la muerte sin avergonzarnos de ser frágiles y hablar del amor con la serenidad de sabernos inmortales.

Aunque estos diálogos aparezcan siempre teñidos de una inevitable melancolía».

La lamentación sobre el «tiempo perdido» es cada vez mas insistente:

«He llegado ya tarde.
 Muy tarde a tantas cosas importantes,
 muy tarde a tantas cosas...
 Tarde al amor, tarde a la esperanza
 a la reflexión, tarde a la duda
 tarde al anochecer, tarde a la aurora
 Tarde a la juventud y a la locura

 Tarde al verso, a la música y la prosa.

 Y he llegado también al pueblo tarde,
 en mi vida política;
 y he dejado jirones de mi mismo
 en la aventura hermosa.
 Y hoy que soy tan permeable
 ya no me queda historia;

Sigue la muerte, la finitud, como concepto o suceso que ali-

menta sus poemas de forma sustancial o accidental, pero siempre presente:

«Sé que no esta lejana mi partida
aunque tal vez no sepa por qué muero.
Quizá porque he vivido intensamente
y he gastado mi cupo
de amor y sufrimiento.

.....
Pero quiero olvidarme día a día
de este presentimiento,
porque debo agotar todas las horas
que aun quedan en mi cuerpo
para sembrar amor a manos llenas
en esta hermosa tierra
que poco a poco dejo».

«*Paisaje interior*», aparece en 1996 en una edición artesanal de la «Colección Ulises». Como dice bien el título es el fruto de una introspección, repleta de nostalgias y añoranzas. Comienza así:

«He nacido y vivido y he dejado
un lecho de guijarros ya redondos
de tanto caminar en mi torrente.

.....
Pero aun estoy aquí mirando el firmamento
Gozando de palparme y verme libre
.....
y para averiguar si la esperanza eterna
que tenía Unamuno se confirma,
pues me sobran deseos de estar vivo».

En esta obra, puede leerse una definición de poesía, desde su personal subjetivismo; creo que ilumina bastante la interpretación de sus composiciones:

«Palabras,
sinfonía de ideas en la niebla,
símbolos doloridos
y signos jeroglíficos del alma
sobre un papel en blanco

.....
Vibraciones aisladas
disonantes agudos,
en un concierto de instrumentos rotos
y un permanente fondo melancólico».

Melancolía otra vez esta palabra siempre la cruel melancolía. Algunas personas de su círculo íntimo y principalmente su esposa le advirtieron de esta frecuente reincidencia... Él respondió a la objeción con otro poema:

«Te quejas de mi verso melancólico.
Me acusas de envolverme en la tristeza
escondiendo la luz de cada día
en mi negro rincón de pesadumbres
en mi inquietud perpetua
y en la desesperanza de un cielo despoblado
que sólo tiene estrellas...
Tienes razón en tu reproche sabio
mi poesía se duele con la duda
de este morir cansado y permanente...

¡Cuando escribo mi espíritu se rompe

y vuelan con el viento
pedazos de mi alma!»

Finalmente, en el 2001, es decir, un año antes de su fallecimiento, aparece su último libro de poemas titulado «*La Edad Temprana*» editado por la Diputación Provincial y que lleva por cierto un magnífico prólogo de nuestro compañero Alejandro Fernández Pombo. En esta última obra, y, pese a haber desaparecido de la misma, temas para él tan preferidos, como la angustia del tiempo perdido, la muerte y la vida más allá de la muerte, debo decir que me parece una obra premonitrice de su ya cercano final. En ella se sumerge totalmente en sus recuerdos de infancia para ir describiendo, de forma plácida y sencilla, cada uno de los escenarios, tan intensamente vividos de niño en la viña familiar de Pulgar: son veintiséis estampas, entre las que figuran «*El Camino*», «*El Árbol seco*», «*La Noria*», «*La Siega*», «*La Bodega*», «*La Tormenta*» o «*La Camilla*».

En muchas de las estrofas finales puede encontrarse la palabra «esperanza». Tomo unos versos de la dedicada a «*La Siesta*»:

«La siesta en el secano tiene una densa bruma
y un olor especial inacabado
y una melancolía placentera
y una dulce alegría rebosante.
No es tiempo de morir, ni de perderse
en el dolor efímero
de saberse de paso en el camino.
La siesta es un paréntesis del tiempo
donde el alma dormita sin temores
y el cuerpo recupera su esperanza
y recobra el aliento
que tanta madrugada ha traicionado».

Pareciera que con el sosiego de quien tiene el deber cumplido, las alforjas llenas y consciente de haber dejado una profunda huella, desea esperar pacientemente a la barca que le traslade a la otra orilla.

«Sé que no está lejana mi partida
aunque tal vez no sepa por qué muero»

había dicho.

Pero, años antes, ya se manifestaba así:

«Hoy he estado tumbado bajo un árbol,
que ya era enorme cuando yo era un niño,
escuchando el silencio de la tarde
y el acorde monótono de un grillo.
Todo el aire ha venido a saludarme
y a traerme amoroso sus latidos

.....

Yo nunca estaré solo en esta tierra
de la que soy cautivo.
En esta tierra castellana y seca
el silencio está vivo
lleno de luz, de pájaros y flores
y lejanos ladridos
que se funden en cálida armonía
con el blando susurro de las hojas
de los chopos los cardos y los pinos.
Cuando yo muera quiero que me dejen
donde pueda escuchar estos sonidos,
que viven en el aire de mis campos
que son el campo mismo.

Cuando yo muera dejarme en compañía
de este silencio vivo».

Y, permitidme que dedique mis últimas palabras, a su esposa. Sin ella, estoy seguro que Gonzalo Payo no hubiera podido culminar una vida tan plena, fecunda y diversa. Musa permanente y, a la par, consejera de su actividad poética; enfermera vigilante para su frágil salud, compañera inseparable en el gozo y en la pesadumbre, en las luces y en las sombras; cobijo, refugio en tiempos de tristeza, abatimiento y cansancio, su impulso vital, su optimismo inquebrantable, proporcionaba renovadas energías a su cotidiano y duro bregar.

Sería, al fin, la que depositó devotamente su cuerpo en donde él siempre había querido: en la compañía de ese su «silencio vivo».

